

Juan Carlos Pacheco, Joaquín Nicolás Belinchón y Rafael García forman el equipo del programa de radio "No me cuentes historias" que se emite en nuestra emisora local Onda Plana Santa Cruz. El pasado 2 de junio de 2019 emitieron el programa número 30, un especial titulado:

UN PASEO HISTÓRICO POR SANTA CRUZ DE LA ZARZA

Llevábamos ya casi seis meses haciendo nuestro programa semanal de Radio en *Onda Plana* cuando a Juan, a Joaquín y a mí se nos ocurrió que por qué no emprendíamos un recorrido por los lugares más emblemáticos de nuestro pueblo de los que tanto habíamos hablado en "No me cuentes historias", nuestro particular espacio divulgativo dedicado a contar leyendas e historias a través de las ondas de la emisora local.

Dicho y hecho, tras unos minutos de preparación y de organización nos armamos con lo imprescindible, incluida alguna que otra vianda, y nos echamos a la calle. Partimos desde nuestra Glorietta de Santiago con la misión de visitar cuanto más lugares y edificios históricos podamos.

Nada más salir del edificio donde hoy se ubica la emisora notamos algo muy extraño, casi está amaneciendo y tras cerrar la puerta, observamos a nuestras espaldas que el inmueble del que hemos salido ya no es el mismo sino que se ha transformado en una magnífica casa de al menos tres alturas, con un gran patio, con cuadras, cocinas e incluso bodega. ¡Qué extraño! ¿Qué está ocurriendo? Inexplicablemente en nuestros teléfonos aparece una hora y una fecha que no se corresponden con las en que nosotros creíamos tener: las seis y media de la mañana del **21 de mayo de 1741**... Evidentemente la casa que estaba a nuestras espaldas era la ya desapareci-

da Casa de la Encomienda, aquella en la que el correspondiente comendador de la Orden de Santiago recogía el diezmo destinado a sufragar, en sus distintas porciones, los gastos de la Iglesia o la Corona, que también llevaba su parte.

Cuando nos encontramos ensimismados observando el magnífico, aunque bastante deteriorado edificio, comenzamos a oír el tañido de las campanas de la Iglesia de Santiago, que se nos presenta frente a nosotros, y el murmullo de mucha gente que parece venir en procesión. Al no ser una festividad concreta y por la hora que es, reparamos en que no se trata de un acontecimiento normal, sino de una celebración de mayor rango. Una larga hilera de presbíteros y capellanes, acompañados de otros eclesiásticos, comisarios, asistentes y autoridades civiles se dirigen a la iglesia precedidos por música y cánticos religiosos. A la cabeza creemos reconocer al Prior de la Orden, Diego Sánchez Carralero. Tras él, Pedro de Budia (notario), Alfonso Alonso Melero, presbítero de Santa Cruz y Comisario de la Santa Cruzada; don Juan Sánchez Carralero de la Cabeza, presbítero de Santa Cruz y abogado de los Reales Consejos, Alonso Amores y Sánchez Villarejo, y Blas Prior, párroco de la Iglesia de San Miguel. A continuación casi todos los titulares de las parroquias de los pueblos del priorato de Uclés. Todos van vestidos con sobrepelliza y vienen desde las puertas de la posada del prior, que es quién ha convocado esta reunión.



La Iglesia se encuentra profusamente engalanada con alfombras y tapices. Se han dispuesto en estricto orden los lugares donde se sentarán los participantes. Va a comenzar el Sínodo Diocesano de 1741, convocado por Diego Sánchez Carralero...

El Sínodo supuso un importante impulso para la unificación de leyes y organización de cada una de las parroquias conforme a las instrucciones del ya lejano Concilio de Trento, pero es que no se había celebrado un sínodo de estas características desde casi doscientos años antes. El prior, previamente a la convocatoria, visitó uno por uno los pueblos pertenecientes al priorato para así conocer de primera mano los problemas

y cuestiones que debían tratarse en el importante acto celebrado en la Iglesia de Santiago y que se alargó hasta el día veinticuatro del mismo mes.

Nos quedamos un rato entremetidos entre el público asistente y después decidimos seguir con nuestro paseo bajando por la Subida a la Encomienda en dirección a la calle del Cura.

Bajando por detrás de la Iglesia comenzamos a oír ruido de disparos, entre continuos gritos, y se nota un fuerte olor a pólvora. Preocupados por los altercados que parece se están sucediendo, corremos a refugiarnos en la casa que fue la herrería de Antolín "Bolaires". Sin embargo, la casa no tiene aspecto de herrería sino más bien de palacete noble, con adornos, escudo en la puerta y rejas de bonito aspecto. El teléfono señala la fecha del **27 de noviembre de 1809**. Puede que la casa en la que nos hemos refugiado perteneciese a la familia Forminaya y Monterroso. El Padre, Gaspar de Forminaya fue uno de los hombres importantes de Santa Cruz. Esta es la casa donde en más de una ocasión se reunían los prohombres de Santa Cruz para elegir alcalde y para tratar otros temas del pueblo ya que el ayuntamiento por aquellas fechas estaba en bastante mal estado.

Interesados por los acontecimientos que se nos presentan, avistamos a varios francotiradores que disparan desde diferentes puntos hacia la casa del cura. Conseguimos hablar con uno de los guerrilleros que nos informa que hay unos franceses atrincherados en la casa y que han cogido a varios rehenes, por lo que, en vista de que no se rinden, se deciden a prender fuego a la vivienda con el fin de hacerlos salir. En un momento de

confusión las puertas se abren y salen al galope un par de decenas de soldados franceses, que son tiroteados por los que afuera se encuentran. Dos de ellos caen allí mismo y el resto huye perseguido por los sitiadores. Nos acabamos de percatar de que estamos ante el incidente ocurrido durante la Guerra de la Independencia en la que un destacamento compuesto por veintiséis soldados franceses, al mando de dos oficiales se presentaron en Santa Cruz para pedir seiscientas cabezas de ganado que servirían para alimentar a las tropas acampadas en Ocaña. Fue el párroco el que salió a su encuentro, tratando de calmar los ánimos, y los llevó hasta su casa. Seguramente alguien alertó al conocido guerrillero Alfonso Octavio "el Alcantari-lla" de la presencia de los militares y se dispuso una emboscada con el fin de acabar con ellos. El grupo del "Alcantari-lla" estaba compuesto por unos sesenta hombres entre guerrilleros y contrabandistas. Tras la persecución, hasta cerca de Ocaña, los guerrilleros tuvieron que detenerse y huir cuando los franceses encontraron refuerzos en el camino. Días después el pueblo fue saqueado por las tropas de Napoleón como represalia por la emboscada.

Por nuestra parte, una vez calmados los ánimos decidimos seguir el paseo. Esta vez iremos hasta la Casa de la Tercia, pasando por la Plaza....

Curiosamente, en nuestro tránsito por la plaza, descubrimos que estamos en día de mercado. Algo extraño ya que en nuestros días el mercado ya no se celebra en este lugar sino en la zona de la avenida de Portugal y sus calles aledañas. Nos fijamos en el aspecto de los vendedores, de los carromatos que traen

y de los productos que venden y descubrimos que el mercado que siempre hemos conocido ya se celebraba desde hace muchos siglos. En nuestro teléfono la fecha que aparece es **el año 1567** ¿Ya teníamos mercado entonces? ¡Sí, claro! ¡Y desde mucho antes! Sabemos por nuestro Libro de Privilegios que en **1253**, siendo maestre de la Orden D. Pelayo Pérez, Santa Cruz de la Zarza recibió Fuero. En él se le concede a la villa los lugares de Alboer, Testillos, Villar del Sauco, Villarejo Seco y Villaverde y un día de mercado franco a la semana. La plaza siempre ha sido el lugar de celebración del mercado de los miércoles hasta que se nos quedó pequeña y se trasladó no hace muchos años a las calles de la zona cercana al antiguo colegio.

Seguimos caminando entre puestos de gallinas, hortalizas, especias y telas para bajar por la calle de la Tercia. Al embocar la misma vemos un numeroso grupo de personas que se arremolinan en la puerta de la Casa de la Tercia y de la casa contigua, la que hoy corresponde a los números 9 y 13. Sorprendidos, nos acercamos para enterarnos de qué es lo que pasa. Alguien se arrima y nos dice que hay un juicio del Santo Oficio ¡Claro! Esta casa fue la sede de la Inquisición y en ella se trataban los juicios y pleitos correspondientes a la misma. En esta ocasión están juzgando a varios santacruceros en la causa que se llama de "*Los Cofrades de la Hermandad Sangre de Cristo*".

Es Juan Blázquez Miguel quien cita este caso ocurrido en Santa Cruz de la Zarza, en la "*Inquisición en Castilla*", en "*Irreverencias o Mofas*". **En el año 1567** varios parroquianos, seguramente bajo los efectos del vino, deciden organizar una procesión para pedir agua; se auto-

denominarán “La hermandad de la Sangre de Cristo”. El mesonero, Bartolomé de la Vara, que hace de Cristo, junto con Juan de la Vara (sacristán), Juan Fernández y Diego Alonso (alcalde) y otros cinco amigos hacen figuras de la Pasión, se planta la Cruz en la plaza del pueblo, y el mesonero empieza a ser adorado, con el que hace de cura a la cabeza, implorándole que envíe la lluvia, muy necesaria en aquellos tiempos... Desconocemos cual fue el castigo por tal “indecencia” a ojos de la Inquisición, pero no creemos que fuesen perdonados sin más. En nuestro pueblo hubo unas cuarenta actuaciones del Santo Tribunal.

Tras presenciar desde fuera parte del juicio nos retiramos sigilosamente. Buscamos, por la calle de la Estación, el lugar donde un día hubo un cruceiro que después serviría de rollo jurisdiccional.

No encontramos ni rastro del cruceiro, puede que fuese una leyenda, así que decidimos subir por la calle de las Cruces en dirección de nuevo a la Plaza. Al volver la esquina notamos que las ruinas del viejo convento de Trinitarios no son tales. Ante nosotros aparece un magnífico edificio, totalmente en uso, al que podemos acceder por una puerta lateral frente al pretil. La fecha que aparece en el teléfono es **22 de junio de 1833**. La historia de este convento es bastante curiosa ya que, un par de siglos antes, dos santacruzanos residentes en Perú, Alonso Martínez de Pastrana, contador del Rey, y Pascual Sánchez de Soria, presbítero, muerto en Perú el año 1625, ceden a la villa el derecho que tienen a 3.000 reales de a ocho, y sus intereses, que están depositados en la Casa de los Fúcares, para la construcción de un convento. El Prior de Uclés impidió y retrasó

lo que pudo la construcción del mismo ya que iba contra sus propios intereses el que otros frailes obtuvieran las rentas y limosnas que a él le llegaban desde Santa Cruz. Al final, y tras muchas trabas, los frailes habitaron un pequeño edificio que no reunía las condiciones necesarias. Fue entonces cuando se decidió el traslado al edificio que ya tenía construido otro indiano, Jerónimo Giménez de Timonel, Capellán de las Religiosas Bernardas del Sacramento de la Corte. Es este edificio, el de Giménez de Timonel, en el que se funda el convento en 1682 y del que se conservan hoy las ruinas cerca de la plaza.

Cuando entramos, tras la puerta aparece un magnífico claustro y a su alrededor diversas estancias. Desde una de ellas creemos oír el canto de los monjes y llegando a otra nos parece reconocer la voz de un maestro impartiendo una clase de latín. Empujamos ligeramente la puerta. Al fondo, sobre la tarima, el fraile recita un texto mientras que una docena de niños de diferentes edades, atienden y escriben con pluma las palabras que van escuchando. Sorprendidos, nos parece reconocer a uno de los pupilos. Por la fecha en la que creemos estar y por la edad del niño puede que el que aparece sentado en el segundo banco a la izquierda sea Francisco Asenjo Barbieri, el que años después sería famosísimo compositor de música clásica y zarzuela. El maestro Barberi, fue enviado hasta el convento de Trinitarios de Santa Cruz de la Zarza por su abuelo, José Barbieri, y permaneció aquí, como lego, durante tres años recibiendo clases de retórica, latín y poética. Al cumplir doce años volvió a Madrid y años después comenzaría sus estudios musicales en el Real Conservatorio Superior de María Cristina.

Durante unos minutos disfrutamos de los cuadros y objetos que adornan cada uno de los rincones del convento. Estas piezas serían trasladadas años después, con la desamortización de Mendizabal, a otros lugares como la Iglesia de Santiago o el Ayuntamiento. Despacio, salimos por la puerta principal, la que da justo enfrente de la calle del Convento.

El espacio en el que estamos ahora es muy reconocible, sobre todo para Juan, que pasó correteando por estas calles gran parte de su infancia. Juan, incluso, señala un ventanuco de la casa aladaña al convento de Trinitarios por la que pasaba leña para que las monjas Franciscanas alimentasen la chimenea. No obstante, el edificio que vemos no es el convento de monjas que conocimos, sino una casa solariega con un gran escudo sobre la puerta. ¿A quién pertenece este edificio? Miramos la fecha y en el teléfono aparece el **6 de diciembre de 1936**. Estamos en plena Guerra Civil Española. El escudo sobre la puerta no deja dudas, el relieve del tercer cuartel corresponde a los Chacones (dos lobos y dos flores de lis) y en la falleba de la puerta aparece el nombre de D. ALFONSO CHACÓN. Sin embargo, según esta fecha ya no es Alfonso Chacón el que habita esta casa. Ésta pertenece a D. Juan Ángel Chacón y Palacios, que era Coronel del Regimiento del Rey. Los Chacones siempre fueron importantes e influyentes. Quizás, el más conocido sea Ceferino Chacón. Ceferino ingresó como cadete, a los 14 años en el Real Cuerpo de Guardias de la Persona del Rey. En este cuerpo sólo podían ingresar los hijos de familias nobles. Posteriormente se incorporó al Regimiento de Dragones de Pavía, participó en la Batalla de Ocaña y terminó la gue-

rra de Teniente Coronel de Caballería. Al final fue nombrado Ayuda de Cámara del Infante D. Francisco de Paula y más tarde Gentilhombre de Cámara del Rey Fernando VII hasta el fallecimiento de éste el veintinueve de septiembre de 1833. Cuentan, que Ceferino Chacón estaba acompañando al Rey en el momento de su muerte, cosa que le impresionó tanto que le deterioró su salud.

Cuando nos disponemos a entrar en la casa un ensordecedor ruido procedente del cielo nos envuelve y nos detiene. Sobre nosotros pasan a muy baja altura cuatro aviones de hélices que identificamos como modelos de los que participaron en la Guerra Civil.



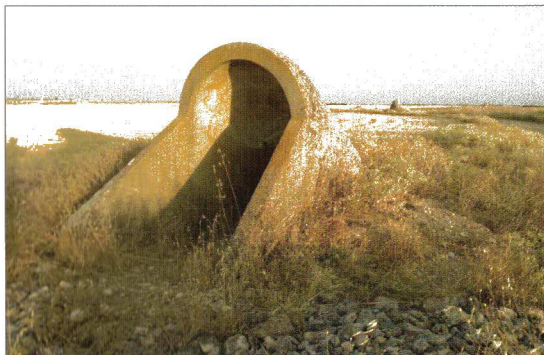
¡Cómo no! Los que acaban de pasar son los “mosca”, aviones rusos que combatieron en el bando republicano y que estaban pilotados por aviadores de esa nacionalidad. Lo más probable es que se dirigieran a aterrizar en el aeródromo que se había construido unos meses antes junto al camino de Cabezamesada, en el paraje de “La Moheda”.

En ese mismo momento, caemos también en la cuenta de que en el edificio que hay a nuestras espaldas, el que fue antiguo cuartel de la Guardia Civil, ondean la bandera republicana y la rusa. Es el cuartel de mando de los veinte pilotos soviéticos venidos para ayudar a la República. Los pilotos han sido hospedados en la casa de Amalia Avia y utilizan la iglesia de Santiago como garaje. Decidimos pasar al cuartel para ver quienes están dentro y qué es lo que están haciendo.

Cuando entramos, el ambiente es tranquilo y hay varios pilotos hablando entre ellos. Como hablan en ruso no entendemos nada, pero,

de repente, un aviso a través de la radio pone a todos en alerta y se acaba la calma. A los pocos minutos suena la sirena de una ambulancia. Salimos a la calle para ver qué ocurre y vemos cómo bajan de ella a uno de los pilotos muy malherido. Parece ser que ha participado en un combate aéreo sobre Talavera de la Reina; y aunque ha logrado regresar a la base, sus heridas son muy graves (moriría al día siguiente en el hospital, cuando tan solo llevaba un mes en España). Una jovencísima enfermera es la que se encarga de atenderle en un primer momento. Nos dice que el nombre del aviador es **Fiódor Dombrovski**. La enfermera nos resulta familiar, es la que años más tarde sería la madre de nuestro recordado coronel Gregorio Caballero del Nuevo.

Dombrovski fue enterrado en Santa Cruz junto con otros cinco compañeros. Tras la Guerra, los pilotos regresaron a su país a pesar de que alguno de ellos se había casado con una santacruzera, y el nombre de los fallecidos se perdió. El hijo del piloto enterrado se pasó buscando su cuerpo toda su vida. Su padre se vino a España cuando él tenía apenas un mes de vida. Nunca lo localizó. Años más tarde y gracias a una noticia en la que se hacía mención al homenaje reali-



zado en nuestro cementerio a los pilotos caídos, en la que se descubrió una placa y vinieron autoridades de la embajada rusa en España, la nieta de Fiódor cayó en la cuenta que uno de los fallecidos era su abuelo, al que tanto buscó su padre. Irina Forminá y su hija (la biznieta del aviador) vinieron hasta Santa Cruz para ver la tumba de su antepasado y verter sobre ella un poco de tierra del cementerio moscovita en el que se encuentra enterrado el hijo de Fiódor.

Dejamos el edificio de los aviadores para seguir nuestro camino. En un momento escuchamos que desde la Plaza viene desfilando para bajar hacia la calle de los Serranos la Banda de Música seguida de autoridades y de mucha gente. El teléfono marca una nueva fecha: sábado, **17 de julio de 1954**. ¡Vamos a seguir a la gente, parece que van hacia la estación! ¡Espera! – grita Juan - ¡Voy a coger unas tarjetas de visita de mi sastretería a ver si consigo algún encargo de uniformes para la Banda de Música!...

Pero si queréis saber por dónde continúa este paseo y qué es lo que ocurre después de lo que habéis leído no os quedará más remedio que escuchar nuestro programa especial “UN PASEO HISTÓRICO POR SANTA CRUZ” que ya emitimos el pasado 2 de junio de 2019 en Onda Plana y que ahora podéis recuperar en el podcast de Ivoox <https://www.ivoox.com/37776493>. También podéis verlo en Youtube (No me cuentes historias), y seguirnos en Spotify, en Facebook y en Twitter (@nomecuentesonda). Pronto empezaremos nuestra nueva temporada en Onda Plana Santa Cruz 107.4 FM. Os esperamos.

**Rafael García, Joaquín Belinchón
y Juan Carlos Pacheco**